

HOMILÍA CONVERSIÓN DE N. P. SAN AGUSTÍN

(San Lorenzo de El Escorial, CTESA, 24 de abril de 2024)

Queridos hermanos:

Con gozo celebramos la conversión de nuestro Padre, quien, como si estuviera presente a nuestro lado, nos invita a recorrer el camino y a vivir la experiencia de ese encuentro con el Dios de la vida y del Amor.

Hombre de pasión y de fe, con dulce nostalgia en la que ya no tiene cabida la más pequeña gota de amargura y el alma rebosante de gozo y gratitud, San Agustín canta al amor que pudo ser (y no fue) de su primera juventud pero que, por la infinita misericordia de Dios, logró alcanzar cuando todavía no era demasiado tarde, aunque fuera tardísimo a los ojos de un corazón ya amante que vivía engolfado en la belleza del amor: *“¡Tarde te amé, Hermosura tan antigua y tan nueva, tarde te amé!”*. Tarde, tal vez, pero apasionadamente. La amó con las tres potencias de su alma y los cinco sentidos de su cuerpo: *“Me llamaste y clamaste, y rompiste mi sordera; brillaste y resplandeciste, y curaste mi ceguera; exhalaste tu perfume, y respiré, y ahora suspiro por ti; gusté de ti, y siento hambre y sed de ti; me tocaste, y me abrasé en tu paz”*. Sólo la inspiración de los salmos o el Cantar de los Cantares o la sublimidad de la más elevada poesía mística poseen la fuerza y la viveza suficientes para expresar la urgencia del anhelo divino que vibra en estas palabras orantes nacidas de la fragua del corazón de Agustín.

Sabe muy bien que su amor por Dios es totalmente otro, inefablemente espiritual, diverso a cualquier otro amor y, sin embargo, lo percibe de forma tan real que no encuentra modo de declararlo sin recurrir al lenguaje de los sentidos corporales. *“Y ¿qué es lo que amo cuando te amo? -se pregunta- No belleza de cuerpo ni hermosura temporal...; no dulces melodías de toda clase de cantinelas, no fragancia de flores, de ungüentos y de aromas, no mieles ni manás, no miembros atrayentes a las caricias de la carne: nada de esto amo cuando amo a mi Dios. Y, sin embargo,*

amo una especie de luz, de voz, y de fragancia y de alimento y de caricia, cuando amo a mi Dios, que es luz, voz, fragancia, alimento y caricia del hombre mío interior...”.

El hombre interior se define por su mirada, que es también una mirada desde el interior hacia el interior. Las pupilas del corazón del hombre interior enfocan más allá de lo aparente, más allá de lo mudable, lo supuesto, lo epidérmico, lo superficial para fijarse solo en el corazón de las cosas, la pulpa de su ser, la verdad íntima de la realidad. Y en el fondo de su mirada terminan por reflejar siempre la imagen de Dios Creador.

San Agustín luchó agónicamente por que tomara cuerpo poco a poco su *sí mismo interior*, por liberarse de la esclavitud de los sentidos, la servidumbre de las cosas aparentes, el vasallaje del consumo sensorial. Hijo de su tiempo y sus costumbres, vivía cuando joven como los demás, pero sin contentarse jamás con cuanto le venía dado: hubo en él algo tan diferente como diferencial: una irreductible pasión por la verdad. Sujeto a una inquebrantable honradez intelectual, Agustín, siguiendo la advertencia de san Pablo a Timoteo, nunca buscó *rodearse de maestros a la medida de sus deseos* y, aunque un tiempo se alimentó de fábulas, jamás *apartó el oído de la verdad*. En un tiempo, el nuestro, en el que, por decirlo de nuevo con san Pablo, la gente no solamente no soporta la doctrina sana, sino que no soporta ni aún la misma idea de existencia de la verdad o de que tal verdad pueda ser conocida por la inteligencia humana, el ejemplo de Agustín brilla aún más en medio de la niebla de la razón, como hito, como guía, como advertencia.

De algún modo permanentemente encaminado por la intuición mamada con la leche materna de que la verdad es sólo el nombre común de Jesucristo, persuadido de que no hay verdad que merezca tal nombre si no contiene el nombre de Jesús, pero extraviado en espesas selvas doctrinales y filosóficas y cegado de ambición y presunción, San Agustín hubo de transitar un camino largo, muchas veces penoso, siempre esforzado, de conversión que, si bien alcanzó su apogeo en el bautismo, continuó atravesando diferentes paisajes vitales más allá de la pila bautismal hasta llegar a aquel mismo 28 de agosto en que entregó el alma al Señor.

¿O acaso no significó para él un violento combate de conversión la aceptación de la divina providencia ese inopinado día en el que los fieles de Hipona lo llevaron a la fuerza hacia su ordenación sacerdotal? Atrás quedaba el ansiado ideal de vida monástica, atrás el sueño de una vida contemplativa dedicada a la meditación de la verdad, atrás la oportunidad de escribir la gran obra filosófica de toda una vida. Convertido ya en oveja de Cristo, esperando nada más que gozar de la paz de las verdes praderas y las fuentes tranquilas, hubo de convertirse en pastor a imagen del Buen Pastor que entrega la vida por sus ovejas.

En sus primeros sermones como sacerdote, producto de una fe reciente y fresca, Agustín expone entusiasmado la firme convicción de que el bautizado, nacido a una vida nueva, puede y debe ser perfecto. Mucho más tarde comprenderá que el Sermón de la Montaña se ha cumplido sólo en uno y que, por tanto, uno sólo es perfecto: Jesucristo. Y que para todos los demás la oración que nunca debería caer de nuestros labios es “perdónanos nuestras ofensas”.

Y así San Agustín nos enseña que la Iglesia obviamente no es el lugar de los puros e impecables, pues sólo uno es tres veces Santo y una sola sin pecado. Para el resto, como en la historia del hijo pródigo un millón de veces repetida, nuestro estar delante de Dios es un estar siempre de vuelta. Se nos exige, eso sí, lo mismo que se nos da: combatir el buen combate de la fe con armas que no son nuestras, sino divinas, y por lo tanto eficaces en el auxilio de nuestra libertad, con el propósito último de vivir y morir en gracia de Dios, de caminar por Jesucristo hasta llegar a la meta, y allí con Agustín decir atónitos, absortos, conmovidos: verdaderamente “tarde te amé, hermosura siempre antigua y siempre nueva”. Amén!

P. Alejandro Moral Antón

Prior general, OSA